

# BROMAS DAÑINAS

Por **FERN GIBSON BABCOCK**

- ¡ESE muchacho sí que tiene mal genio! -explotó Ricardo al abandonar el patio de juegos en dirección a su casa-. Ese Donaldo Gutiérrez es el muchacho más malo de la escuela.

-De veras -afirmó Gualterio-. Nunca he visto un muchacho tan camorrero como él. Esta mañana venía por el corredor pegando con su portafolio a todos los que pasaban a su lado, y cuando le dije que se cuidara de hacerlo conmigo, refunfuñó: "¡Cállate, tonto!" y me tiró al suelo los libros que tenía sobre el pupitre. Yo lo hubiera arreglado si la Srta. Bryan no hubiera entrado en ese momento.

-Y eso no es todo -añadió Ricardo-. En la hora del recreo se acercó por detrás a Susana, que estaba tomando agua en el bebedero, y le apretó la cara contra la fuente, cortándole el labio. Ella se mostró muy valiente, pero yo sé que eso duele. Me gustaría acomodar a ese tipo..., te aseguro que lo haría.

Discutiendo todavía el asunto los muchachos llegaron a la bifurcación de sus caminos, y se separaron. Enrique entró saltando en la casa. Arrojando sus libros sobre el sofá, gritó:

-¿Mamá? ¡Llegué!

-Hola, querido -lo saludó su madre-. ¿Cómo te fue hoy en la escuela?

-Bastante bien -respondió Enrique sentándose en la silla alta de la cocina-. Pero ese Donaldo Gutiérrez hace enojar a todos porque es tan malo. Siempre está pateando o empujando o haciendo cosas por el estilo. En el recreo le pegó a un muchacho que le sacó la pelota, y la señorita Bryan lo mandó al aula. Luego empezó a pelearse en el baño, y cuando estábamos listos para salir de la escuela, me hizo una zancadilla en la escalera, me pelé la rodilla. ¿Por qué es tan malo ese muchacho, mamá?

-Bueno, Enrique -respondió la madre pensativa-, creo que puede deberse a varias razones, pero yo tengo mis propias ideas al respecto. ¿Te conté alguna vez acerca de Baby, el mono que yo tenía en África cuando era niña?

-No, mamá. Tú me contaste de Jojo, pero no sabía que tenías dos monos.

-Sí, yo tenía dos, pero primero tuve a Baby. Había un africano alto que acarreaba la madera para las casas de la misión que tu abuelo construía, y cada vez que venía con la madera nos traía una gran bolsa de ananás. Yo sabía que él buscaba la madera en las montañas del norte, donde había muchos animales salvajes.

Un día, cuando vino a traernos los ananás, le dije:

"-Sr. Bokari.¿ ve Ud. alguna vez monos por allá en las montañas?

"- Oh, sí! -respondió sonriente-. Hay muchos por allí.

"-Si Ud. ve uno chiquito, y puede agarrarlo, ¿me lo traería?"

-El hombre grande se rió -continuó diciendo la madre de Enrique.

"-Probablemente alguna vez pueda hacerlo -replicó y se fue".

-Pasaron los meses y yo me olvidé completamente de mi pedido. El Sr. Bokari también parecía haberlo olvidado, porque volvió varias veces y trajo ananás pero nunca mencionó para nada los monos.

"Un día alguien llamó a la puerta, y corrí a atender. Abrí la puerta, y algo me saltó a la cara. Grité, y mamá acudió corriendo. No pude ver lo que era, porque me cubría los ojos. Mamá se rió y retiró una de las patas que me tapaba los ojos, para que pudiera ver, y luego me condujo frente al espejo. Allí, colgado de mi cara había uno de los monitos más lindos que jamás hubiera visto. Con una pata me tapaba la boca, con otra el oído, con otra se sostenía de la nariz, y con la otra se sostenía de mi cabello. Lloraba lastimosamente, y su blanca y peluda naricita sobresalía de su carita negra.

"Lo descolgué y lo sostuve en mis brazos mientras el Sr. Bokari me decía que no estaba seguro de que el mono viviría porque sólo tenía una semana cuando lo agarró. Un cazador había matado a la madre, y desde entonces el monito no había tenido ningún alimento. Había viajado durante los últimos cinco días. Me apresuré a calentar leche para mi nuevo bebé, ¡y cómo la bebió! Luego se arrolló y bostezó como lo



hubiera hecho un verdadero bebé, y se durmió.

"Desde entonces Baby y yo estábamos siempre juntos excepto durante la noche: porque mi mamá insistió en que no debía llevarlo a la cama. Bajo la barbilla tenía una especie de bolsita y cuando encontraba algún dije bonito y brillante, lo ponía en su bolsita para jugar más tarde con él. Cuando mamá necesitaba su dedal o queríamos jugar a las bolitas, teníamos que agarrar a Baby y apretarle su bolsita hasta que dejaba salir su contenido. Entonces Baby charlotteaba y hacía una gran alharaca tratando de recobrar las cosas que había escupido. Era amigable y amoroso con todos excepto con las gallinas a quienes se deleitaba en tironearle las plumas de la cola cuando se le acercaban.

"Cuando estábamos por volver a nuestra patria en goce de licencia, comencé a afligirme por Baby. Quería llevarlo conmigo, pero debido a las leyes de aduana íbamos a meternos en muchos problemas y gastos por sólo seis meses. De manera que dejé a Baby con otra familia de la misión que vivía en una escuela preparatoria, y le pedí que lo cuidaran bien.

"Esta familia no tenía hijos que jugaran con Baby, pero el muchacho que los ayudaba en la casa le daba de comer. El y sus amigos pasaban todos los días junto a la jaula de Baby cuando iban a la escuela y volvían de ella. Golpeaban la jaula, y Baby se acercaba a la puerta pidiendo que lo sacaran y lo acariciaran. Pero los muchachos sólo se reían y le hacían muecas.

"Pronto Baby comenzó a chillarles cuando pasaban cerca, y ellos empezaron a molestarlo con palos, o a golpearle la jaula, sólo para hacerlo enojar. Les parecía una gran diversión ofrecerle una banana y luego quitársela en el momento en que estaba por morderla. Para deleite suyo, el mono gritaba y sacudía los barrotes de la jaula y corría enfurecido de un lado a otro. Después de un tiempo Baby se volvió tan malhumorado y malo que nadie se atrevía a acercarse a la jaula. Dos muchachos que se atrevieron a hacerlo, fueron mordidos.

"Seis meses más tarde volvimos. Estaba ansiosa de ver a mi animal favorito. Corrí a la jaula y la abrí, pero me detuve sorprendida. Baby me chilló desde la puerta mostrándome los dientes, y de repente me saltó arriba y me mordió. No sé qué fue lo que más me dolió si el mordiscón o el sentimiento de que Baby no me quería más. Le di una palmada bien dada, y comencé a hablarle en una voz suave y bondadosa. Cuando finalmente me recordó, comenzó a llorar y a gimotear y se enroscó a mis pies. Lo levanté y empecé a acariciarlo, pero en ese momento uno de los alumnos pasó por allí y él gritó y trató de alcanzarlo corriendo tras él hasta donde le permitió la cadena.

"Baby nunca llegó a ser el mismo otra vez. Al fin mordía a cualquiera sin razón alguna. Con tantos visitantes que llegaban a la misión, no querían tener por más tiempo un mono tan malo, y finalmente se lo vendimos a un africano que vivía en la selva. "Desde entonces a menudo he pensado en Baby y en los muchachos desconsiderados que convirtieron a un mono bondadoso y amable en un mono malo y malhumorado. Y siempre que veo un niño como Donald, que parece tan malo como era Baby, creo que alguna vez fue bueno y bondadoso. Tal vez los niños lo han vuelto así con sus bromas. ¿Le has hecho bromas tú alguna vez?"

-Bueno -dijo lentamente Enrique-, a veces antes de empezar las clases de la mañana le ponemos motes, pero es jugando, para que nos corra.

-Los muchachos que molestaban a Baby también sólo lo hacían por broma, Ricardo. Cuando Uds. juegan ese juego, ¿hay otros muchachos que también persiguen a los demás? ¿O sólo a Donald le toca perseguir?"

-Sí, él es el que persigue siempre, pero parece que le gusta.

- ¡Oh! ... -dijo comprensivamente la madre-. ¿Qué nombres le ponen?"

-¡Oh, mamá! Lo llamamos "cabeza de zapallo", "bobo" y "zoquete"... cualquier cosa que lo incite a perseguirnos. Pero no lo decimos en serio. No estamos más que bromeando.

-Bueno, ¿te gustaría que un grupo de muchachos que no jugara contigo a menos que actuaras como un matón y los persiguieras te pusiera motes semejantes todas las mañanas?"

-No -admitió Enrique-. Creo que no.

-¿No crees -continuó la madre-, que podrías volverte malo y malhumorado como Baby, cuando lo molestaron, si nadie se mostrara amigable o bondadoso contigo?"

-Supongo que sí.

La madre miró a su hijo seriamente.

-Entonces, si yo estuviera en tu lugar, ayudaría a suspender las bromas antes de que Donald se vuelva malo para siempre, y procuraría encontrar lo mejor que hay en él, oculto bajo esa aparente maldad.

-Muy bien, mamá -prometió Enrique-. Procuraré hacerlo. ¡Pero no te sorprendas si llego a casa con un ojo negro! -Y ésa fue la razón por la cual los maestros de la escuela primaria de iglesia comenzaron a notar un cambio en el comportamiento de los muchachos del aula del quinto y sexto grados. Y se maravillaron al ver la diferencia que se estaba operando en la conducta de Donaldo Gutiérrez, que parecía emerger de esa racha mala y volverse un muchacho bastante agradable.